

COMO HACERSE ENANO E INFILTRARSE

AL sobrevenir la apertura, por la cosa de la novedad y la ausencia de directrices concretas, los conserjes, perplejos, dejaron pasar a todo el mundo sin exigir el carnet, lo que aprovecharon muchos para infiltrarse. Porque enano no nace: se hace. Para hacerse enano es preciso echarse al monte por unos días, matar dos rojos y escribir un soneto a Fernando VII en su época absolutista. Luego uno se rasura la melena y afeitado dejando crecer un bigote de dos milímetros de ancho. Se corta las piernas de rodilla para abajo, que no sirven para nada y se anda sobre los muñones. Siempre que abra la boca, aunque sea para pedir una cerveza en un bar, debe contar alguna anécdota del frente, nombrar las esencias y reiterar su adhesión incondicional; esto lo avala para presentarse a las oposiciones que al efecto se convocan, y una vez aprobadas, ya tiene el carnet de enano en el bolsillo. Lo demás es coser y cantar: le llaman, le designan y ocupa el cargo. Luego con la disculpa de irse a evadir unos millones a Suiza, se pone en contacto con la Junta Democrática, que en un acto solemne, le da el título de Enano Infiltrado Honoris Causa Así de fácil. De nada.

PIBE HAMETE



CUENTAN los entendidos que bigote antiguamente se decía en castellano mostacho, como en todos los demás idiomas latinos. Lo que pasó es que los caballeros germánicos que vinieron a España con el César don Carlos Quinto tenían palafreneros españoles de lo más snob, que pensaban que todo lo elegante tenía que ser alemán, como sus amos, y les imitaban muchísimo en todo. Hasta tal punto les imitaban que se fijaron en que aquellos señores germánicos, cuando montaban a caballo, se atusaban fieramente el mostacho y gritaban: «¡Bei Gott!», es decir, «¡Por Dios!». en alemán, y ellos pensaron que la forma fetén de decir mostacho era, evidentemente, «baigote». En alemán, por cierto, bigote se dice «schnurbart», que, literalmente, quiere decir «barba de cordón», y la verdad es que está clavado el bigote así descrito.

Nosotros, en España, seguimos teniendo la obsesión de la barba: «Con permiso de las nobles barbas que me escuchan» suena tan bien en una reunión de barbilampiños como entre barbudos. «Me mesó la barba», dicho con convicción, indica lo mismo que insultar, aunque el insultado sea calvo de nariz para abajo. El mismo gesto de Fidel Castro y sus seguidores, de no afeitarse hasta ver la revolución triunfante en Cuba, y, una

LOS PELOS



vez visto esto, seguir sin afeitarse para recordar a los incrédulos que la revolución ha triunfado en Cuba, paradoja ésta que sigo sin comprender, es un residuo del «barbismo» castellano. A este respecto recuerdo un chiste cubano: un sujeto va a un restorán, cena opíparamente, y luego dice que ya pagará la cuenta el partido; el dueño del

restorán dice que eso se les puede permitir a los barbudos, «pero usted no tiene pelos ni en las cejas, de modo que a pagar en metálico». El otro le dice que quiere hablarle en privado y, una vez en su despacho, se desabrocha la bragueta y le enseña al dueño del restorán el panorama, con la aclaración: «Soy de la policía secreta».

Entre los rusos precomunistas la barba era indicio de religiosidad. Cortarle a un pope la barba era lo mismo que dejar a un cura español sin sotana. Entre los ucranianos este matiz era más viril que religioso y se centraba en el bigote: en los campos soviéticos muchos prisioneros ucranianos se han suicidado porque el reglamento, para impedir la proliferación de piojos, exigía el afeitado total de los detenidos.

Los «shiks», un grupo religioso indio, tiene por dogma que el pelo es sagrado, y quien se lo corta ofende a Dios; había una secta rusa antigua que pensaba lo mismo, aunque no se fuera pope. Por aquí, sin duda, se unen las ideologías más antipódicas: el bigote, remate glorioso de la barba y eje entre barba y cabellera, quiere decir «por Dios»; después de todo resulta que tenían razón, los palafreneros snob de los caballeros germánicos de don Carlos Quinto.

PARDO